

ante el fracaso de una clase media

LA situación actual del país nos obliga a una revisión de nosotros mismos no con el ánimo de distribuir culpas sino de encontrar el camino para el reencuentro que lleve al cambio que la nación necesita y que los hechos están imponiendo con su tremenda realidad.

La Argentina en Latinoamérica constituye un caso muy típico que no es posible comparar. Sus características étnicas, en primer lugar, el poco influjo de la concepción virreinal española, la escasez de metales preciosos en su territorio, el sentido comercial de su desarrollo, apoyado en una industria incipiente de las carnes, el influjo posterior profundo de la economía del siglo XIX, la mirada siempre alerta del litoral hacia lo foráneo, son algunas de las líneas que es preciso señalar para poder diagnosticar un posible futuro.

Argentina se fue constituyendo en nación lentamente, como todos los grandes pueblos, con fuertes desgarramientos. Pero se iba haciendo contemplándose muy hondamente a sí misma. Aceptaba los influjos exteriores, pero comprendía a su vez que estos influjos sólo eran valederos en la medida en que ayudaban a desarrollar lo mejor de sus propios valores. Las luchas desde 1810 se caracterizaron por estas dos tendencias. Un buscar lo extranjero por lo extranjero, un afirmarse en los propios valores y una síntesis que debía producirse entre lo propio y lo ajeno adaptable.

Urquiza entrando de poncho y galera en Buenos Aires habrá querido significar esa síntesis. Por federal y admirador de Rosas no negaba los valores de la tie-

rra, pero consideraba asimismo que era el momento de abrirse a lo que podía recibirse de afuera. Los años de anarquía que siguieron a su campaña le deben haber demostrado que el país, y especialmente los demasiado enamorados de lo extranjero, no estaban preparados para la síntesis.

La oligarquía que se adueñó del país con Mitre, tuvo un gran objetivo y lo cumplió bajo Roca: organizar a la nación según los modelos extranjeros y especialmente ajustándose a los designios de la economía dominante de aquel entonces, la de Inglaterra. Estamos en total desacuerdo con lo que hicieron, pero no podemos negar que al menos tuvieron un propósito claro y definido y lo cumplieron. Fue una oligarquía con visión y ambición que fomentó además su conciencia de nación a través del antiyankismo, mientras vendía sus gustos y sus tierras a la moda francesa y a la libra esterlina. Si contemplamos aquella época la encontramos preparando la carne, la lana, el trigo para los mercados ingleses, para lo cual fue necesario crear un gran puerto, una gran red ferroviaria que sirviera al puerto y al exportador y que no permitiera una vinculación del interior del país ya que en ese interior se agazapaban los restos de una conciencia que no se vendía. En el orden cultural el liberalismo, el laicismo francés, e descreimiento, todo era bien visto y bien recibido mientras se ahogaba al cristianismo que había formado las anteriores generaciones y se renunciaba a ser verdaderamente cabeza de América Latina. Así nos convertimos en un apéndice francés en lo cultural e inglés en lo económico.

Pero esa oligarquía no era un bloque compacto y allí se introdujo la posibilidad de conceder a la nueva clase media, que se formaba a través de la inmigración, un acceso al gobierno. Por fidelidad al liberalismo, sin embargo, se perseguía al mismo tiempo toda posibilidad de organización de los trabajadores. Así nació el partido radical y fueron perseguidos los sindicatos. Aquél consiguió el poder, éstos, que en su mayoría fueron promovidos por elementos socialistas foráneos, nunca tuvieron arraigo.

Curioso destino el de nuestra clase media. Una parte, formada en su mayoría por los hijos de inmigrantes, recibió un fuerte influjo de la educación organizada por la oligarquía y su sueño fue alcanzar aquella misma posición. Su cercano origen la hacía mirar con gran simpatía hacia Europa y dar la espalda al propio país al que, sin embargo, había llegado a comprender y amar. Otra parte se sintió arrastrada por quien teniendo raigambre nacional, impulsado por una extraña doctrina filosófica, quedó encerrado en una cuasimística que le impidió concretar lo que la clase media esperaba de él.

El año 30 no marca solamente un retorno sagaz de la oligarquía sino también el fracaso de una clase media que poseía capacidades de las que se podía esperar más. ¿Por qué fracasó el radicalismo en 1930? ¿Por qué no supo conservar el poder? No se puede hablar meramente de poderosos intereses extranjeros. Hay también fallas en los hombres en los que la clase media había confiado. La oligarquía que vuelve en 1930 no es la misma del 80. Se torna cada vez más económica y asegura sus lazos con una economía dominante que se encuentra en su declinación. Por otra parte, el proletariado industrial se ha ido consolidando, al menos en número, ya que no en organización. El mismo radicalismo no comprendió a los sindicatos y la semana trágica ocurre bajo el primer gobierno de Yrigoyen. Mucho menos comprenderán a los sindicalistas los gobiernos posteriores al 30. Pero ese proletariado sigue creciendo. Y una parte muy amplia de la clase media se encuentra en contacto íntimo con el mismo, ya que, en gran parte, va a encontrar un refuerzo en sus mejores elementos. El dirigente sindical, sobre todo, se convertirá rápidamente en clase media y asegurará a sus hijos la posibilidad de estudios superiores. Pero políticamente sigue siendo, y cada vez más, una clase no comprendida entre los factores de poder.

El golpe del 43, y especialmente Perón, comprenderá esta situación y la utilizará, sobre todo el segundo, a su favor. Pero también aquí no se irá a la formación de una sociedad proletaria sino hacia una nueva clase media y por eso la líder de los descamisados podrá mostrarse con toda opulencia, ya que aparece como el

ideal para todos aquellos que perteneciendo por su cultura y su riqueza a las clases más bajas tienden a lograr, para sí o para sus hijos, el estatuto y la forma de vida de los más pudientes. No hay odio hacia los ricos sino envidia. No se negará ese modo de vida; se lo deseará para uno mismo. De allí la sensación de euforia y de anhelo logrado en los primeros años de la postguerra en los que la Argentina dilapidó sus reservas obtenidas en los años del conflicto bélico.

Pero no fue eso lo decisivo en la experiencia peronista. Hasta ese momento la Argentina había vivido una organización basada en los partidos políticos. Nada, o muy poco, se había desarrollado en el orden social como organización que pudiera expresar los intereses gremiales o sociales. La Iglesia había señalado ya la posibilidad de ese tipo de organización en su Acción Católica fuertemente jerarquizada y al mismo tiempo provocadora del sentido de la responsabilidad social en todos sus miembros, fuera de la política. Por eso mismo la Acción Católica fue sospechosa a las mentalidades liberales. Como típico país liberal la Argentina no reconocía ningún sistema de organización social que no fuera el político. Los gremios, las mismas corporaciones de las profesiones llamadas liberales, las cooperativas, tenían una vida débil cuando no efímera. Y nuestra posición era más grave, pues no se podía referir a una situación anterior en que todas aquellas organizaciones sociales hubieran existido con vigor. Los países liberales europeos, por ejemplo, se han salvado de la anarquía social introducida por el liberalismo gracias a la existencia de fuertes instituciones sociales que han frenado el despotismo de los partidos. Típico ejemplo el de Inglaterra, mientras que Francia e Italia que no supieron defender sus instituciones sociales, quedaron mucho más al arbitrio de la política liberal. Mucho más trágica nuestra situación en la que no se conocía ni admitía otro tipo de organización que no fuera el partido político.

* * *

El sindicalismo aparece entonces como la única posibilidad de corrección de la desorganización política y los dirigentes sindicales son los que más rápidamente

lo han comprendido y en la actualidad lo viven con más acuidad. El fenómeno peronista tuvo esa importancia: que el mismo partido político reconoció a su lado otro tipo de organización y esperó de ella aun la propuesta de nombres para los cargos parlamentarios. Esto no lo han olvidado los sindicalistas.

Ante tal actitud los viejos partidos liberales reaccionaron rechazando de plano las tentativas de una nueva organización. De allí brota una desconfianza total al sindicalismo. ¿Hasta dónde el radicalismo está incólume de esta sospecha? Los radicales del 30 son tan liberales como los conservadores. Tendrán otra visión del gobierno, pero no de la organización del país. Odian al régimen "falaz y descreído", pero no pensarán en un cambio de su organización.

Y esto es lo que se ha manifestado más profundamente en el conflicto entre el gobierno actual y la C.G.T. No es un problema de peronismo y radicalismo. Hay algo más hondo. ¿Podemos esperar, o no, que en la Argentina el gobierno y la dirección del país, no esté en manos de grupos poco representativos o debemos confiar en que la nación marcha a convertirse en un verdadero esfuerzo mancomunado en el que sus dirigentes se integran de todas las clases y organizaciones sociales?

No se puede dar marcha atrás y pretender o fingir que las organizaciones gremiales no existen o son débiles. Cada vez más el hombre moderno se cansa de la ficción liberal de que solamente pueden gobernar los partidos políticos. El hombre de hoy quiere manifestarse, presionar y gobernar a través de su realización profesional. Y los primeros que han alcanzado esta conciencia son los trabajadores. Es por lo tanto necesario comprender que se debe gobernar con otro tipo de organización que no viene a suplir la organización constitucional, sino a completarla. Reconocer esto es obra de gobernante, negarla es retrotraerse anacrónicamente.

La oligarquía tuvo su grandeza en cuanto fue capaz de realizar un país. El gobierno del general Justo fue un remedo atrasado de esa misma posición, pero los tiempos habían cambiado. El gobierno actual aparece como un remedo del primer gobierno radical y aquí ¿es necesario agregar que también los tiempos han cambiado muchísimo?

Los dirigentes sindicales ante este estado de cosas han intuído que ni la oligarquía, ni la clase media radical, se hallan en condiciones de dar al país una mística que lo haga encontrar el sentido de su propio destino. De allí su tendencia a aparecer como conciencia de toda la Nación superando una posición clasista. Los vacíos en el orden político no pueden permanecer. La sociedad exige que se los llene cuanto antes. La experiencia entre nosotros es que las fuerzas armadas han cumplido generalmente este cometido. La clase obrera pretende tener tantos o más derechos que aquéllas.

Observa ante todo la situación política: después de un gran momento de sensatez de los partidos políticos al consolidar la primera minoría se tiene la sensación de que han vuelto a caer en las discusiones estériles que culminaron con la interpelación sobre el juramento de los obispos en momentos en que la C.G.T. planteaba el conjunto de sus reivindicaciones. No hay una verdadera actividad política. El sector empresarial, o mejor comercial, aprovecha la ocasión y los precios suben, merced a turbias maniobras, en forma realmente alarmante sin que se conozcan los motivos. Los empresarios divididos no proponen un plan orgánico de soluciones.

Frente a esta situación la clase trabajadora se siente responsable de todo el país. ¿Mesianismo peligroso? Sí, en la medida en que pretenda ser absoluto: "la clase obrera y sólo la clase obrera salvará al país". Aceptable en cuanto anhela ser un llamado a todas las clases y grupos sociales a deponer los egoísmos y pensar en el país como un todo que es necesario realizar armoniosamente. Y la suerte de la nación está en la respuesta de todos los sectores, no en el rechazo como si no correspondiera a una realidad dentro de la vida total. El aporte constructivo corregirá lo que de exagerado pueda tener la proposición de los trabajadores; no puede consistir en el cerrarse sistemático.

Ante el fracaso de una clase media y de un tipo de organización política es necesario trabajar con gran esfuerzo en la construcción del nuevo país que anhelamos.

LA DIRECCIÓN